



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12000

PREMIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 9 DE NOVIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretto rue Oumartin 61; y J. Joas, Faubourg-Montmartre, 31.

Sobre la mendicidad

Otra vez ha reiterado la Alcaldía las órdenes contra la plaga de mendigos que todos los días y á todas horas invade las calles, sin esperanzas seguramente, de que den distintos frutos que los que han producido hasta aquí.

Así lo creemos nosotros: la plaga que se quiere que desaparezca, subsiste contra la voluntad del alcalde, á pesar del empeño que la policía pone en cumplir lo ordenado y á pesar de los deseos de la población.

Sacrificase ésta en sostener múltiples establecimientos de beneficencia por lograr aquél fin y no lo logra. Cuantos mas crea más mendigos palujan por la calle. Cada vez que abre sus puertas uno nuevo para atender á una necesidad olvidada, que no fué precavida al establecer los anteriores o que hubo necesidad de descuidarla momentáneamente por falta de recursos, acuden nuevos pobres, como si la beneficencia surtiera aquí efectos contrarios á los que debe producir.

Se ha dicho muchas veces que la caridad no admite fronteras; y eso que es muy bueno en teoría; resulta perjudicialísimo para esta población. Cartagena gasta anualmente muchos miles de duros, más de los bastantes para mantener á sus pobres, y debía estar exenta de esa plaga; pero no tiene el bolsillo tan grande que pueda sostener á los de la provincia y esa es la explicación de que no goce el beneficio deseado.

La Casa de Misericordia está llena, con muchísimo exceso; el Asilo de ancianos está lleno también; la Tienda Asilo satisface el hambre de centenares de personas; el Hospital de Caridad tiene más enfermos que nunca... Sin embargo, por calles y plazas pulula un ejército

de niños haraposos, de ancianos mugrientos, de enfermos y mujeres sucias que salen al paso al transeunte y lo atosigan en demanda del céntimo para desayunarse.

Algunos de esos mendigos que aseguran no haber comido en toda la semana viajan en tranvía y gastan dinero en las tabernas; y no es raro suceso ver dando tumbos por causa del vino á quien no ha probado bocado en cuatro días.

Esto no debe continuar. Cartagena no es Jauja, ni tiene obligación de admitir lo que sobra á las restantes poblaciones. Cada pueblo que mantenga a sus pobres y ya que aquí mantenemos entre propios y extraños el mayor número posible, bueno será que podamos descartarnos de lo que no tiene aquí cabida.

No sabemos hasta dónde alcanzarán las facultades del Alcalde; pero esperamos que haciendo uso de cuantas le compelen, procurará disminuir esta plaga que con su presencia en la calle parece desmentir la fama de caritativa que goza Cartagena.

TJERETAZOS

Turquía está dispuesta á cerrar el paso de los Dardanelos á la escuadra francesa aunque para ello tenga que echar mano del registro de la fuerza, es decir oponerse por las armas.

Peró está dispuesta también á las reclamaciones de Mr. Deldussé.

En limpio, quiere decir esto que está dispuesta á hacer lo que el loro del cuento: Todo lo que le manden.

«Dijo la prensa que Melquiades Alvarez es hombre extraordinario!

Pues oigan ustedes lo que dice de él «El Nacional.»

«Sobre las circunstancias en que se produce naturalmente la dictadura, dijo ayer D. Melquiades lo que había dicho ya el propio general Weyler, y lo que habían dicho el señor Romero Robledo antes, y el señor Alba después, sobre las condiciones del dictador, lo que dijeron ambos oradores; sobre la cuestión obrera lo que en parte había dicho el señor Canalejas, y todo lo que el mismo don Melquiades tenía expuesto ya en otra discusión, al enumerar las iniciativas de Waldeck-Rousseau, ese fecundo gobernante que trabaja para los franceses y, sin saberlo él, para los españoles, para nuestros políticos, habituados á suspender modestamente su juicio sobre los asuntos públicos hasta que encuentran opiniones con marchamo... Ayer, como antea, el ilustre orador no hizo más que glosas brillantes y artísticas ampliaciones de lo suyo y de lo ajeno.»

El periódico que escribe estas cosas en oposición de lo que escriben los demás y de lo que manifiestan los que han oído al orador pertenece á Romero Robledo.

Y es claro, dice lo que piensa D. Francisco, el cual está en oposición constante con todo lo que no sea él ó lo que le rodea.

Para el ex pollo antequerano ese Melquiades es un insignificante que no se trae en el cerebro más que lo que plagia.

Y los que le escuchan con la boca abierta y le baten las palmas no pasan de ser unos bobalicones que no saben donde tienen la mano derecha.

Algo ve el batallador ex-ministro en el diputado por Oviedo cuando arremete contra él.

«¿Está estorbo de que le reste la popularidad?

Solo eso le faltaba al inquieto político.

Decididamente en Barcelona va á pasar algo el próximo domingo.

Aun faltan algunas horas para que se abran las urnas y ya están las pasiones que no hay quien las contenga.

Republicanos y catalanistas se estrujan y se ponen de lo lindo.

¡Mal asunto!

Jamás ha sido buena consejera la pasión cuando pierde los frenos.

Y en Barcelona ha tiempo que se encuentra desbocada.

DESDE MADRID

Sr. Director:

Muy señor mío: Pasaron los Santos, el «Tenorio» y los buñuelos, con su acostumbrada corte de castañas, más ó menos asadas.

Madrid entra en plena vida de invierno;

se acentúan las sesiones sensoriales en las Cámaras; se abre el teatro Real; el Español cultiva lo clásico; Berriatúa, el empresario universal, prepara la apertura de su ópera española; se multiplican los salones de género ínfimo; se dan á luz las niñas de invierno con media tostada de abajo y mamá viuda de alto funcionario, y, como hace buen tiempo, los paseos y las calles concurridas rebosan gente, y no parece sino que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Madrid, con su sol de invierno, con sus adorables cursas de la clase media en sus últimas manifestaciones, con los teatros de género chico y con su socorrido «chistó» con patatas por sólo cinco reales, resulta una ciudad sumamente agradable para los que no tienen nada que hacer.

El día que todos los holgazanes de Europa conozcan nuestra vida futura, Niza y Montecarlo van á tener muchas bajas.

Lo que de Madrid se ve, es seductor; lo que no se ve, no lo es ya tanto.

De todos los obreros del mundo, el más desgraciado es el madrileño. Ese peón, que gana siete reales y tiene mujer y dos hijos, al precio á que aquí están los alimentos, es el más miserable y el más virtuoso de toda Europa. Todos los gobiernos hablan de mejorar la condición de la clase trabajadora, y nadie hace nada, ni en viviendas, ni en instrucción, ni en nada.

Las clases directoras; todas más ó menos sabias, desde principios de siglo pasado, en que el volterrianismo principió á ser característica de los gobernantes, se han encargado de destruir en el pueblo las ideas religiosas. Antes, el que lo pasaba mal en el mundo, se consolaba con el premio de la otra vida; ahora todos piden su parte de Paraíso en la tierra.

«No hay otra vida? Pues venga mi parte de bienestar en la presente.

Y como la fé no aumenta en los de abajo y la caridad no aumenta en los de arriba se ha creado una situación imposible, que la fuerza se encargará de resolver.

«Cómo? ¿Cuándo? Este es el problema que ha de desarrollar el siglo XX.

No se quejarán ustedes de mi falta de filosofía. Me parece que estoy á la altura de cualquiera de los cronistas modernos, que llaman panzada á la patata y nivero al nabo.

Pasemos al mundo de la literatura: Mariano Capdepón, el distinguido general y literato, con el título de «Pasatiempos» ha publicado un hermoso libro de poesías dedicado al periódico «Gente Vieja.

Los versos que componen este volumen están escritos desde los catorce hasta los sesenta años: todos son correctísimos y todos inspirados. Hay poesías, como la titulada «La guerra civil», de un vigor incomparable; romances, como el de «Los dos ojos de cielo», de un clasicismo purísimo, y una «Dolora» de un sentimiento extraordinario.

Las poesías de Capdepón son justamente celebradas en todos los círculos literarios, y el bizarro militar y el inspirado poeta recibe muchas y muy justas felicitaciones.

Se publica un periódico titulado «Juventud»; le doceo que llegue á la vejez.

Todo aquello de las obras públicas, que iban á multiplicarse, se va quedando en agua de cerujas; los municipios cada día abusan más del parlamentarismo y se ocupan menos de la villa, que continúa tan mal enmendada y tan poco limpia como de costumbre.

Aguilera tiene muy buen deseo, hace todo lo que puede, pero no le ayudan. Cada Concejal se cree un árbitro, y las calles de Madrid son las más sucias y las peor empedradas de Europa.

«Para qué quieren ustedes que les hable de política?—Todo continúa lo mismo, y el país cada vez se ocupa menos, y hace bien, de estas cosas, con las que afortunadamente cada día viven menos personas; es, desear, que las industrias política y electoral van estando venidas á menos.

Y con esto, y con prepararnos para ir al Pardo á comer bellotas—alimento eminentemente nacional,—quedo por hoy de ustedes atento s. s.

Garcí Fernández.

LOS AUTOMOVILES EN AGRICULTURA

Los que creen que los automóviles harán desaparecer el empleo de todas clases de animales de tiro para tracción de los vehículos, no pueden menos de esperar que también resolverán los automóviles la tracción de otro género que exigen las faenas agrícolas: los arados, las segadoras, guadañadoras y sembradoras arrastradas por automóviles los consideramos tan asegurados como lo están hoy los motores eléctricos en los tranvías.

La primera demostración de que nos va-

nes. En efecto tenía tales disposiciones naturales para la música, que compensaban con exceso la falta de estudio y de buena voluntad.

Como de ordinario, Augustinowicz iba todos los días á casa de la señora Witzberg; siempre le abría Malinka, y, al menos aparentemente, se apresuraba á resifrar las manitas blancas, que el joven había tomado la costumbre de cubrir con los más tiernos besos.

La simpática criatura sentía por él una cierta debilidad. Por lo que á Augustinowicz respecta, la joven le era poco menos que indiferente; el pasado había anquilado en él toda facultad de amar y al presente no se preocupaba de semejantes cuestiones. Sin embargo animada por el fuego de la pasión, su potencia intelectual había podido elevarlo á gran altura; por el contrario sucedía con su inteligencia lo que sucede con la luz de la luna: alumbra á su alrededor, lo cual no quitaba para que fuese un espíritu Samarada, y muy alegre en las reuniones. Cierta simpatía á la simpática y á la simpática, poseía también. Así para citar un ejemplo, Malinka le era simpática y Lula antipática, pero de esta antipatía sabía y sabía

aunque estos no fueran otros que los de saberse ganar el amor.

Y con la fea del matrimonio se aproximaba para Schwarz el día del examen del doctorado. Se había entregado por lo tanto al estudio en alma y cuerpo, y su salud se había resentido por tal exceso. Las largas noches en claro y la tensión continua del espíritu, habían hecho palidecer sus mejillas. Demacrado, con las ojeras lividas, domado por un furor febril, se sentía agotado, pero no obstante resistía y hacía esfuerzos para conquistarse una posición honrosa é independiente para lo porvenir.

Además del estímulo que nacía de la proximidad del matrimonio, otra causa aún lo impulsaba á aquel exceso de labor. Los ahorros que había traído de la casa paterna llegaban ya casi á su fin; y al presente los gastos de manutención, como los otros gastos de la casa recaían sobre Augustinowicz en su mayor parte.

Este, abandonado decididamente el vicio de beber y entregándose en serio al trabajo, ganaba, ganaba más que Schwarz, sobre todo por las lecciones de música, que le rendían bastante sin emplearle mucho tiempo, del que necesitaba invertir en otras ocupacio-



LENA no podía creer en su felicidad. La luz había disipado las tinieblas del pasado; la noche desaparecía el fin, y el día al presente se disponía á luoir. Se preparaba al matrimonio. Sembrante á una estrella que cae, precipitándose á través de los caparajos, ignorando donde se detendrá, la suerte había entonces la había conducido caprichosamente. Abria-